

Homilía de **JOAQUÍN GONZÁLEZ, C. M.** en la Misa-funeral
(Boletín Informativo de la Provincia de Madrid, Septiembre-Diciembre 2006, Nº 278)

Queridos hermanos en Cristo. Os saludo a todos cordialmente: a los sobrinos del P. Francisco, a los sacerdotes concelebrantes, a los amigos y feligreses que estamos aquí reunidos. Hoy es domingo, el “día del Señor”.

Ha sido Él quien nos ha congregado, con profundo dolor y llenos de esperanza, en esta parroquia de “Nuestra Señora de la Asunción” de Valdemoro, para celebrar su Misterio Pascual a favor de nuestro querido P. Francisco Gisbert, quien durante 83 años le sirvió aquí en la tierra.

El Señor, ayer, de madrugada, le llamó junto así para que esté con Él y contemple su gloria. En estas tierras de Valdemoro, donde ha pasado los últimos 12 años de su vida, reposarán sus restos y permanecerá viva su memoria entre los que le conocíamos y amábamos. Este sacramento, que Cristo nos dejó como sacrificio de la nueva y eterna alianza, es el que hoy le ofrecemos unidos en comunión con todas las Comunidades de la Provincia, con todas las personas que le habéis conocido y tratado, para que el Señor cumpla en él lo que su Hijo nos dijo en el Evangelio: *“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto”*.

La vida del P. Francisco se ha ido enterrando y sembrando en muchos surcos de tierras muy variadas. Él era valenciano, nacido el año 1923 en Oliva. Aquí, en su pueblo natal, cursó los estudios de primaria y secundaria y, al finalizarlos, ingresó en los “Religiosos Terciarios Capuchinos”. En los años 39 y 40 hizo el noviciado en la casa de San Antonio, en Pamplona. Cursó los estudios de Filosofía en Godella (Valencia); la Teología, en Ámurrio (Álava). Y, coincidencias de la vida, recibió el diaconado de manos de Mons. Carmelo Ballester, obispo de la Congregación de la Misión, entonces en Vitoria. Fue ordenado sacerdote el 31 de mayo del 1947, en Pamplona.

Tras permanecer 8 años en los Terciarios Capuchinos, atraído por el carisma de los hijos de San Vicente, los Padres Paúles, obtiene el permiso de la Santa Sede para ingresar en la Congregación de la Misión. El Seminario Interno lo realiza durante los años 1955 y 1957. Su primer destino fue la casa-misión de Ávila; aquí se dedica a lo que más le atraía de los Paúles: las misiones populares y los ejercicios. Más tarde, siguió ejerciendo este ministerio en la Casa de “Pagés del Corro”, en Sevilla; desde ahí, participó en la misión de Argentina, el año 1960, y en la de Colombia, en el 1961, organizadas por la CONFER. Del año 1962 al 1967, permanece en la Comunidad de la Escuela Apostólica de “Lomo Apolinario” de las Palmas. Desde esta casa, realiza diversos ministerios: enseñanza en el seminario menor, misiones en pueblos de las Islas Canarias, formación del clero, atención a las Hijas de la Caridad y dirección de las Hijas de María. Por otras muchas casas y lugares trascurrió la vida del P. Gisbert: San Sebastián, Madrid, Andújar, Granada, Málaga y, finalmente, Valdemoro; desde aquí, aún acudía todos los sábados a celebrar la Eucaristía con los ancianos de “Maguilar”.

Podríamos decir del P. Francisco que ha cumplido en su vida la exhortación que nos hace Pablo en la 2ª lectura de hoy (Ef. 4, 1-6): *“Ha llevado una vida digna del llamamiento que ha recibido”*. Sí, podemos decir que el P. Gisbert ha sido un hombre tímido y silencioso; ha sido un misionero humilde y amable, que destacó en la elocuencia; un hombre bien formado y con una gran delicadeza espiritual, atento para escuchar a los demás, con un gran amor por los pobres y por las misiones “ad gentes”; ha sido un hombre de bondad.

Decía, al comenzar, que “hoy es domingo”, “el día del Señor”, “el día de la resurrección”. Y también es el día de la fe, estamos confesando que “Jesús es el Señor”. Y si llamamos al domingo “día de la fe”, lo consideramos también “el día de la esperanza cristiana”: estamos a la espera de *“la gloriosa venida de nuestro Señor Jesucristo”*. El domingo es una invitación a mirar hacia delante; es el día en el que la Comunidad Cristiana clama a Cristo: *“¡Ven, Señor!”*. Todos nosotros, iluminados por Cristo, caminamos hacia *el domingo sin fin* de la comunidad celestial, ese domingo que ya está celebrando nuestro hermano. El P. Francisco, como el muchacho del Evangelio de hoy, también va a presentar al Señor *“sus cinco panes y los dos peces”*. A nuestro ojos puede ser muy poco, dejemos al Señor que sea quien juzgue. Ahora nos toca esperar y aguardar la iniciativa de Dios. Toca esperar que actúe la misericordia y la gracia del Señor, el amor y el perdón; y que transforme sus buenas obras en semilla de resurrección eterna. Porque, como nos decía el salmo de este día, *“siempre es justo el Señor en sus designios y están llenas de su amor todas sus obras. No está lejos de aquellos que lo buscan”*. Efectivamente, sabemos que el P. Francisco lo ha buscado y esperado y, aunque la muerte le ha sorprendido, él sabía que el día estaba cerca y se encontraba preparado.

Yo tuve la suerte de participar en la misión popular de Oliva, su pueblo natal. Y guardo un grato recuerdo de aquella gente y de su amor a la Patrona, “La Virgen del Rebollet”. ¡Con qué fuerza cantaban el himno a su Virgen! Sé que el P. Gisbert, cuando le hablábamos de estas cosas, se emocionaba. Sí, le emocionaba la Madre, a quien amaba y quería profundamente. Por eso quiero terminar invocando a la Virgen, vida y esperanza nuestra:

“Madre de Dios del Rebollet, Santa María Milagrosa, acoge a quien te consagró su vida sacerdotal con amor filial lleno de ternura; presenta al P. Francisco a tu Hijo Jesús, a quien amó y sirvió hasta el día de hoy; colócalo junto a Él para que, en la compañía de los santos Francisco de Asís, Vicente de Paúl y Justino de Jacobis goce para siempre de la Luz que iluminó su vida en la tierra y bendiga al Señor eternamente. Y a nosotros, Madre buena, danos la alegría de vivir siempre en la fe que él conservó, transmitió y vivió entre nosotros”. Amén.